



SIR ARTHUR

A la Marquesa de V...—Querida amiga: ¿Recuerdas el inglés de los suspiros, á quien te propusiste enseñar una copla de fandango acompañada al piano? Pues ese mismo es el héroe de este relato, que te voy á dedicar, si me lo permites, en la seguridad de que tu serás la única lectora de estas líneas que encuentre interés en ellas, por serle familiares todos los personajes y el desenlace de lo que me propongo referir, aunque no conoces el desarrollo del asunto, cuyo final te afectó tanto.

Acepta este recuerdo, y si tu amable bondad se cree obligada á pagarlo de algun modo, otorga á cualquiera de estas escenas una de esas sonrisas que tú sola posees, y que tantos extragos causaron, en otros tiempos, en el corazón de tu mejor amigo

RAOUL.

1

La baronesa era una mujer encantadora.

Tenia veinte y siete años, poca estatura, unos ojos perturbadores y un marido diplomático de profesion.

A pesar de estas circunstancias, y de otras no menos recomendables que irá conociendo el curioso lector, la baronesa tenía el mal gusto de aburrirse siempre que no estaba acompañando á su marido en alguna de las grandes capitales de Europa.

En varias ocasiones la oí asegurar que Lisboa era un retiro, Roma una abadía y Constantinopla un villorrio.

Aparte de este mal detalle, que sirvió, despues de todo, para que no se enamorasen de ella muchos hombres de buen sentido, la baronesa era un conjunto delicioso de líneas curvas, modales intachables y felices ideas.

Cuando yo la conocí, se hallaba sentada en un canapé de la alameda central de la Alhambra. Vestía un traje de seda azul oscuro, cerrado hasta el cuello y hasta las muñecas. En vez de sombrero, llevaba una cofia de cintas moradas y encages negros.

El traje, muy ceñido en los brazos, en el cuerpo y en todos los contornos, dejaba adivinar los tesoros que encubría, y la casualidad, ó la costumbre, auxiliaba ese examen imaginario con el remate primoroso de dos piecitos unidos, pero sin cruzar, que descansaban sobre los talones, con las puntas hacia arriba,—obedeciendo á la posición recta de las piernas—calzados con zapatos negros muy escotados, y que la indiscreta falda dejó al descubierto, hasta permitir estudiar los caprichosos adornos de seda roja que suelen bordarse en las medias de hilo de Escocia, aunque estas sean de color de plomo.

Con las manos enlazadas sobre las rodillas, inclinaba el cuerpo hacia adelante y la cabeza hacia el lado derecho, sonriendo en la contemplación de unos pobres chicos que jugaban arrojándose agua de los riachuelos que festonean aquellas alamedas.

Al verla, me hizo la primera impresion de una *bonne* de casa grande. Pero observada con mas atencion, conforme me iba acercando, vi que aquella ilusión solo pudo causármela su actitud paciente, combinada con las voces de los niños que jugaban. Aquella mujer procedía de casa grande; sin duda alguna; pero no como aya, sino como señora, y señora absoluta.

Yo habia llegado á Granada la madrugada anterior, y me instalé en la fonda de los *Siete Suelos*. A las doce me levanté y bajé á la poblacion, y á mi regreso á las cuatro de la tarde, tuve el encuentro de que acabo de ocuparme.

Impresionado por él, entré en la fonda, y no tardé en adquirir algunas noticias relativas á mi desconocida.

Mientras tomaba un refresco en la puerta del hotel, oí decir á voces diversas:

—La señora baronesa encargó que le avisaran.

—Comerá en el jardin con la señora baronesa.

—Que arreglen las habitaciones de la señora baronesa. Etcétera.

¿Tendría, por ventura, algo de comun aquella joven contemplativa del canapé, con esta señora baronesa que todos nombraban?

Y tanto; como que era la misma señora baronesa en persona.

Ya iba yo á subir la escalera, cuando exclamó el criado que me sirvió el refresco, tirando el resto en la calle:

—Ahí viene la señora baronesa.

Con el pié en el primer escalon y la mano en la barandilla, vacilé un momento. Pero la curiosidad dominó el rubor de demostrarla, y volví á la puerta.

Aquella mujer subía la cuesta lentamente, con las manos apoyadas sobre las caderas, y dialogando con los muchachos á quienes antes contemplaba en sus juegos.

Llegó, al fin, á la puerta, pide una silla, que yo me apresuro á darle, y se sienta dejando escapar un prolongado *ay!*... de cansancio. Despues reparte unas cuantas monedas á los chicos que la escoltaban, y volviéndose á mí, observó, algo desconcertado, que me examina. Yo, que la examinaba hacia rato, no dejé de hacerlo, y esto la obligó á sonreír.

El lector adivinará que en el mismo instante me senté á un paso de distancia de ella. No habia vacilacion posible. ¡Una baronesa que sonrie!

Pero hizo mas: me habló.

—¿Es usted quien me dió la silla hace un momento?

—Sí, señora; tuve la dicha de poderme proporcionar esa satisfaccion... ¿Por qué se rie usted?

—Porque aglomera usted mas galanterías que un trovador de la Edad Media.

—¿Y le molesta á usted eso?

—Al contrario, me divierte.

—Tanto mejor, porque estoy seguro que va usted á hacerme incorregible ese defecto...

—Gracias.

Esta palabra me desconcertó mas que la primera inconveniencia de la risa y de la sátira. Tal fué su tono de sequedad y desden.

Fuertemente contrariado por semejante salida de tono, y sin otro recurso mejor, me puse á tararear un aire de *Aida*.

A los seis compases, sentí que me miraba la baronesa. A los diez, oí que me decía:

—¡Bravo! Conoce usted la ópera de moda. Yo la vi en el Cairo. ¡Oh, me apesta!

—¿El Cairo?

—No, la *Aida*. Mi marido afirma que es un *chef d'œuvre*; pero mi marido está loco.

—Un loco hace ciento, pensé al oír tales razones y al presenciar tanta veleidad.

Hubo una pausa, tras de la cual volvió á hablar la baronesa.

—¿Es usted andaluz? me preguntó.

—De Málaga.

—No la conozco; pero he tratado en Madrid varias malagueñas muy hermosas y muy distinguidas.

—Si que las hay.

—¿Y qué viene usted á hacer aquí?

—Lo que usted quiera...

—Sea usted formal, interrumpió riéndose.

—Pues bien, señora, mis propósitos, hasta hace una hora, se reducian á pasar cuatro ó cinco dias en Granada, para despachar un asunto en la Capitanía general.

—¿Es usted militar?
 —No, soy escritor.
 —¡Escritor! Cuanto me alegro. A mí me gusta mucho la sociedad de los hombres que viven de su talento. En Roma mataba el fastidio con *raouts* semanales, á los que convidaba muchos artistas. Me pondrá usted un pensamiento en el álbum?
 —Seguro, aunque solo fuese por el halagador aprecio que hace usted de la clase.
 —Ah! y le pondremos á usted en el secreto.
 —¿Un secreto?
 —Interesantísimo. Y usted nos dará ideas para conseguir nuestro objeto.
 —Las pediré con todo encarecimiento á mi musa protectora, y cuente usted con ellas desde luego, si me son concedidas. Pero sepamos de qué se trata.
 —De una conspiracion inocente.
 Y me informó de todo.

II

Hacia un mes que en el hotel *Siete Suelos* se reunian diariamente una docena de huéspedes, á quienes llevó el deseo de pasar una temporada en tan delicioso paraje.

Entre esos huéspedes figuraba un jóven inglés, extraordinariamente rico y extraordinariamente tímido, á pesar de su carrera: tambien era diplomático.

Estas dos debilidades, unidas á su esquisita bondad y á su agradable figura, le hacian muy simpático á todos.

Pero si le hablaban en español, que conocia bastante bien, se angustiaba; si le invitaban á bailar, había de ser entre muchas parejas; si le obligaban á tocar el piano, no accedía á hacerlo sino á cuatro manos, para que el compañero le prestara ánimo.

Sir Arthur—así se llamaba,—era de una familia ilustre, y se hallaba en Granada reponiendo su salud.

Como asíduo concurrente á la nocturna tertulia del hotel, y como diplomático, no tardó en intimar con la baronesa.

Esta llegó, una tarde á las habitaciones de las bellísimas hijas del general C..., que tambien pasaban una temporada en el hotel, en compañía de un hermano, y llamó muy quedo á la puerta.

—Adelante!

—Buenas tardes, niñas, exclamó la baronesa echándose sobre una butaca. Creo que hemos dado con un gran recurso para pasar el resto de nuestra temporada en la Alhambra, de una manera divertida.

—A ver, á ver!

—Esta carta de mi marido, ha sido un rayo de luz.

—¿Qué dice?

—Dice que, puesto que mi aburrimiento es tan grande, haga venir á mi sobrina, y esta cuidará de distraerme.

—¿Pero cree usted que bastará la presencia de esa jóven para que esto se anime? preguntó una con desencanto.

—No he concluido. Sepan ustedes que esta sobrina es una jóven modesta de nombre y de fortuna, que vive en Toledo con su padre, y á la que yo he hospedado varias veces en Madrid para pulirla y ver si conseguía buscarle un buen partido.

—¿Y es jóven?

—Tiene unos veinte y tres años.

—Guapa?

—No es fea, pero su cuerpo es estatuario.

—¿Y bien?

—¿No han adivinado ustedes? pregunta riendo la baronesa.

—¿La piensa usted casar aquí?

—Ni mas ni menos, contestó gravemente la interpelada poniéndose de pié.

—¿Con el capitán?

—¿Con nuestro hermano?

Movimientos negativos de cabeza por parte de la diplomática.

—¡Ya, será con Enrique . .

—Tampoco.

—Pues como no sea con el intérprete....

—Parece mentira que no se hayan ustedes acordado. . .

—¿... ..?

—De Sir Arturo.

—¡Sir Arturo!

Y en esta exclamacion, pronunciada por tres jóvenes solteras simultáneamente, creyó percibir la suspicaz baronesa varias entonaciones. Una de admiracion, otra de burla é incredulidad y otra de despecho.

Pero todo esto importaba poco á la tia de su sobrina, y aun importa menos á nuestro relato, que no habrá de hacer mérito nuevamente de esa triple y simultánea impresion.

El hecho es que la baronesa se dió tal prisa y habilidad en confeccionar su plan, que á la tarde siguiente contaba con todos para auxiliarla en la realizacion del mismo, y mandaba al telégrafo un despacho concebido en los siguientes términos:

Eulalia R....

Toledo.

Te invito hacerme compañía Granada hasta fin Setiembre. Pero exijo salgas inmediatamente y no cuides equipage. Aquí encontrarás cuanto necesitas.

Blanca.

A los tres dias amaneció en el hotel la señorita Eulalia de R..., cuyo padre regresó á Toledo inmediatamente.

—Querida mía, dijo la baronesa á su sobrina cuando quedaron solas en sus habitaciones, tienes un cuerpo igual al mio y casi mi misma edad. El éxito exterior de tu presentacion está salvado, por lo tanto, y esto es lo esencial.

—Pero tantas exigencias tiene la sociedad que aquí se reúne?

—No, ciertamente. Solo que hay muchas familias, y sobre todo, muchos hombres en aptitud de pretender....

—Eso vá tomando otro aspecto mas interesante.

—Ea, pues á dormir, que estarás cansada, y mañana hablaremos.

—Hasta mañana, querida tia.

—Adios, monísima, que no sueñes mal.

(Concluirá.)

SPORT

CARRERAS DE MADRID

Un muy querido amigo mio, que reside en la capital de la monarquía Española, me escribió el viernes pasado una carta llena de pormenores de las carreras que se han de celebrar en la corte los dias 27 y 28 del mes actual, y yo que no sé tener secretos para mis apreciables lectores del MÁLAGA, voy á comunicarles cuanto me dicen, en la seguridad de que me lo han de agradecer.

He aquí mis noticias.

Están inscritos unos 60 caballos. Mr. Davies ha

CUESTION DE ESTÓMAGOS



—¡Uf, que espectáculo! Estos escaparates deberían cerrarse desde la hora de comer.



—¡Vaya una decoracion! Me rio yo del Teatro Real.

EL INDISPENSABLE



—Señora, le he dicho que está V. en el baño, y me ha contestado que no importa; que es Don Preciso.

retirado, despues de estar inscrito para las carreras del 28, el famoso *Barbiere*, por el excesivo peso con que ha sido castigado, peso que excede de 200 libras.

El día 29 habrá una carrera extraordinaria, y correrán en el hipódromo, entre otros *gentlemen riders*, los señores duque de Huéscar, duque de los Castillejos, conde de Tendilla, marqués de la Mina, primogénito del duque de Fernán Núñez, D. Jaime de Silva, último hijo del duque de Aliaga, D. Francisco Retortillo, segundogénito del conde de Almaraz, D. Antonio Soriano, D. Fernando Heredia y don José Zaldivar. D. Jaime de Silva montará un caballo del conde de Villagonzalo y D. Francisco Retortillo otro del marqués de Mondéjar.

Los precios de las localidades para cada uno de los dos días, son los siguientes: El billete de circulación para caballero vale 80 rs. y 20 el de señora; 12 el de tribuna; la entrada general 4; 160 el billete para un carruaje de cuatro caballos, 80 el de dos, 40 el de uno y 20 para cada persona á caballo.

Al circuito del peso, en el que están incluidas las tribunas de la sociedad y de libre circulación, no puede entrarse sino con billete de libre circulación.

La animación en Madrid es muy grande y mas de una modista de fama se encuentra *très affairée* con la confección de trajes para estos días, y mas de un aristocrático *gommeux* prepara lujosos trenes. El marqués de Bedmar ha encargado un precioso *troiska* á San Petersburgo, el cual, si llega á tiempo, ha de producir sensación en la corte, por su gran novedad y elegancia. Se habla con encumbramiento de la *toilette* que lucirá la distinguida condesa de Velle. En fin, puede asegurarse que estas carreras han de causar entusiasmo en la *high life* madrileña.

NINO.

BUCOLICA.

Sobre el mullido cespéd, verde alfombra
que á trechos borda el pintoresco suelo,
á orillas de un clarísimo arroyuelo,
de un frondoso nogal bajo la sombra,

Clori, cuya belleza diz que asombra,
canta al son de un rabel con tierno anhelo
amargas quejas al escaso cielo
de Silicio, el zagal que así se nombra.

Un anciano pastor que reposara
del inmediato bosque en la maleza,
despierta amostazado y grita:—«Pára
oh! Clori, de entonar tanta simpleza,
y lávate esas manos y esa cara
que están pidiendo á gritos mas limpieza».

J. ANCOS.

15 Mayo 78.

LA CORRIDA DE TORETES.

Algunos pesimistas dudaban de que pudiera verificarse la novillada en socorro de las víctimas del huracán que asoló las costas del Cantábrico el mes pasado; ya se habrán convencido de que pensaban

mal y desacertadamente, porque la corrida es un hecho.

Todo está prevenido, y el día 30 en la tarde llegarán las reses,—seis bravos y hermosos novillos Miuras, con doscientas libras carniceras,—á la dehesa del señor Casado, quien generosa y galantemente la ha cedido con este objeto. En la noche del juéves saldrán de Madrid los *muchachos*, y en esa misma tarde marcharán á Córdoba, en un coche-salon, dispuesto gratuitamente por la sociedad empresaria del ferro-carril, los individuos que han de recibirlos en la patria del Gran Capitan; regresando todos juntos á Málaga. En la Roda se unirán los *diestros* sevillanos. Todos estos distinguidos jóvenes se hospedarán en el Hotel Victoria, donde serán obsequiados la noche de su llegada con una serenata, y el día de la corrida con un espléndido banquete, por acciones, de cincuenta á sesenta cubiertos.

El adorno de la plaza será notable; como que su dirección está encomendada á Lengo y á Sancha. El palco de la presidencia, que será el terradillo de sombra, se transformará en una elegante cesta de flores, sobre las que descollarán las bellas y elegantes damas que han de formar la presidencia.

Esta se compone de la señora D.^a Victoria Duarte de Heredia, y de las señoritas D.^a Julia Heredia Grund, D.^a Josefa de Ugarte Barrientos, D.^a Clara A. Linera, D.^a Dolores Ruiz, D.^a Trinidad Heredia y D.^a Josefa Huelin, las cuales se han encargado de regalar las moñas para los novillos.

¿Diganme ustedes, mis queridas lectoras, si esta distinguida fiesta taurómaca no ha de causar sensación y formar época en Málaga?

Ya lo creo.

Ralph.

GIUSEPPE VERDI

Consultando mis notas de viaje, me encuentro con una anécdota del célebre maestro italiano cuyo nombre encabeza estas líneas, anécdota que juzgo digna de figurar en las columnas del MALAGA.

Ahí va, pues, y valga por lo que valiere.

Me hallaba en Milan, en 1875, cuando los periódicos nos contaron el éxito obtenido por el maestro Wagner, con su nuevo *spartito* «El anillo de los Niebelungen». En toda la Italia causó profunda sensación este acontecimiento musical, aunque ni un solo italiano dejó de censurar la *trilogía*, calificándola, el que menos, de «aberración musical».

Las caricaturas y los epigramas llovían, y el *Fanfulla* duplicó su tirada en aquellos días por el gracejo y chiste con que se ocupó del asunto.

Por aquel entonces llegó á Milan, hospedándose en el mismo hotel en que yo me hallaba, el maestro Verdi, quien con su habitual cortesía, conversaba con nosotros de variedad de asuntos, sin esas ridículas vanidades que á veces suelen tener algunos hombres de talento.

En este hotel vivía desde algunos meses antes, un ex-ministro del Rey de Wurtemberg, á quien todos los huéspedes apreciábamos, á pesar de su marcado acento alemán, por su bello carácter y su

amor extraordinario á la música, siendo además un pianista consumado.

Apenas supo el buen alemán que Verdi había llegado al hotel, le hizo pasar una targeta, pidiéndole una entrevista.

—Todos saben que Verdi, á pesar de sus excelentes cualidades, tiene grandes rarezas, y que una de ellas es negarse á toda presentación; no obstante, aquel día quiso faltar á su sistema evasivo en materia de recepciones, quizá debido á las alabanzas que como músico le había yo hecho del bueno del Wurtembergués, y consintió en acoger la excelencia alemana. Parece que hubo entre los dos interlocutores una corta plática, en la cual el autor de *Nabuco* pronunció una de esas frases mordaces y epigramáticas que le son frecuentes.

—Caballero, decía el alemán, no me agrada vuestra escuela musical: prefiero á Ricardo Wagner, y no comprendo ni amo más que la música *del porvenir*.

—Ya sabía esto, excelencia, repuso Verdi, mirando la tarjeta que le había remitido su interlocutor.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Dios mío! contestó el maestro: hay nombres que son una revelación; cuando se tiene el honor de responder á un nombre como este,—y el maestro se detenía con intención, mostrando una gran fatiga,—*Frei-her-von-Varn-buch-terr*, se comprende á primera vista que el feliz mortal que le posee, debe tener una simpatía entusiasta y apasionada por las armonías nuevas, reservadas *al porvenir*.

Sabroso.

¿QUIEN FUE MEJOR?

Su confesor, un día,

—Huya usted de él; rechácelo,—decía;—ese hombre es su *enemigo* mas temible. Ella que no es liviana, ni rencorosa, y menos inflexible, de otro modo entendió la ley cristiana, y con sorda conciencia por testigo, contra su dócil corazón sensible estrechó á su *enemigo*.

El confesó despues:—Huya usted de ella,—le dijo el padre anciano, si es, cual dice, imposible el matrimonio; bajo una forma, á veces la mas bella, tiente y prueba Luzbel al buen cristiano. Recuerde al eremita San Antonio á quien puso Satan horrible asedio.—Y él que en la fuga halló fácil remedio la ve como al demonio.

Mayo 1878.

Un viejo.

MEZCOLANZA

Segun carta particular que hemos recibido de Madrid, S. M. el Rey ha regalado á la Sociedad de carreras de caballos de Córdoba, para que sirva de premio en una de ellas, un primoroso estuche, compuesto de plato, botella y copas, de cristal y bronce, sumamente artistico y digno de llamar la atención por su riqueza y mérito.

Durante una de las frecuentes guerras que sostuvo Luis XIV, se aproximó un soldado francés á otro suizo, y le dijo:

—Vosotros los suizos servís por dinero, nosotros por honra.

—Qué quereis? dijo el helvético con calma, cada uno procura lo que le hace falta.

No hay cosa mas fácil que dar un consejo, ni nada mas difícil que seguirlo.

Mejor quiere una muger ser bella, que ser discreta.

Como verán nuestros abonados por el presente número, el MÁLAGA no ha prometido en vano: ofreció dar algunas piezas de música, y hoy repartimos la primera; una preciosa polka del maestro Faust, bajo el título de *Die Sennering* (las segadoras). Casi nos atrevemos á garantir que esta bella composición ha de agradar á los suscritores.

Pero no es esto todo: para uno de los primeros números del mes entrante, y mientras llega el figurín que ya tenemos pedido á París, al que acompañará una revista de modas, estamos preparando un precioso vals, y enseguidita irá una composición de uno de los mas inteligentes y distinguidos aficionados de esta ciudad.

Conque, ya ven ustedes, lectoras apreciables, mas, que el MÁLAGA no se duerme, y que no hay sacrificio que no se imponga, por complacerlos.

Ahora lo que falta es que ustedes lo protejan, y hagan una poquita de propaganda entre vuestras amigas.

PASATIEMPO

CHARADA.

En *prima tereera* puedo estar sin Tobo,
mas en *segunda* y *tercia* de ningún modo.

Solucion á la fuga de vocales inserta en el número anterior.

En Acadia, del Minas á la orilla
tranquila, silenciosa y apartada,
del grande Pré la encantadora villa
en un valle feraz se ve fundada;
como el diamante entre esmeraldas brilla,
lucen por verdes prados circundada,
y estos dan al lugar su nombre extraño
y pastos al inúmero rebaño.

Longfellow.

UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.***

(Continuacion)

—Desde donde se descubre un panorama magnífico, es desde el Calvario, dijo el jóven. ¿Lo han visto ustedes alguna vez?

—Nunca he subido, respondió la señora; pero si estuviese cerca tal vez me decidiera á ir ahora, porque no tenemos idea preconcebida de donde hemos de pasear.

—Tan cerca está, dijo el jóven, que en un cuarto de hora pueden ustedes estar de vuelta.

Y costeando el jardín construido recientemente, salieron á la calle de la Amargura, y empezaron á subir por la pendiente cuesta del Calvario, lo cual permitió al jóven apercibir un pié diminuto y elegante, encerrado en un zapato de raso, y con un tacon tan pequeñito, que daban ganas de cogerlo entre los dedos, llevando su atrevimiento hasta el extremo de decirselo así á la jóven en una de las paradas ó descansos.

Llegados á la cumbre, se sentaron en la puerta de la capilla, que estaba cerrada, y la jóven quedó algunos momentos en suspenso ante el panorama que se ofrecia á su vista; pero al desconocido parecia que le agradaba mas contemplar el rostro de la jóven, animado por la agitacion de la subida, y los rizos que el viento hacia ondular, cambiándolos de forma, á despecho de la mantilla.

A medida que habian ido subiendo, la confianza que despues de las galanterías del coro habia desaparecido, empezaba á renacer, y ya en la altura se comunicaron sus mútuas impresiones, como si fuesen conocidos antiguos.

—¿No es cierto, preguntó ella, que á medida que subimos á mayor altura y dominamos el espacio, toma igualmente vuelo la imaginacion, y nos remontamos á las regiones de la inmensidad? Al contemplar la ciudad desde esta altura ¿no es verdad que se siente lástima de sus habitantes, de sus placeres, de sus penas y de las pasiones en que se agitan constantemente? ¡Cuántas ambiciones bastardas, cuánto mezquino interés se estarán desbordando ahora en esa colmena humana! Y si pienso en mis mejores amigas, en sus inquietudes, en sus apuros de fortuna, y hasta en las amarguras de su corazon, me parecen mezquinos, si los contemplo desde aquí.

—Habla V., señorita, de las miserias humanas y no reflexiona que al bajar de aquí, todas la esperan allá abajo; que esta noche tendrá V. que cargar con ellas, y se disgustará como de costumbre, si la costurera no le ha traído á tiempo el traje para el teatro, y lo mismo le sucederá por el mas leve incidente de los criados ó del tocador.

Si no temiese parecer á V. ridículo, afectando una filosofía que ni mis palabras ni mis acciones dejan traslucir, me permitiría asegurarle que mi es-

píritu y mi imaginacion tienen motivos para estar siempre por estas alturas.

—Eso dicen los hombres, respondió ella, porque nosotras tenemos que ser reservadas; pero si apartándome de esa condicion de la muger le digera la verdad, podria apostar con toda seguridad que siempre tenemos mas motivos que los hombres para que nuestra imaginacion vuele, y yo en particular, para mirar la vida aun con mas indiferencia que el resto de las mugeres.

—Aceptaria tal apuesta con el mayor gusto, aun cuando solo fuese por saber los secretos de V., dijo el jóven aprovechando la declaracion de su bella contrincante; y con el fin de animarla á decirlo todo, voy á ser franco: habrá V. comprendido que mi queja involuntaria al oirla, proviene de un amor mal empleado, y el cual procuro extinguir de un todo.

—Pues si yo tuviese tal motivo, dijo ella, no hay duda que seria mas grave mi pena, porque las penas de esa clase tienen siempre mas gravedad en la muger que en el hombre.

—Sí y no, respondió el desconocido; y para poder juzgar, espere V. á que le explique la causa de mi pena...

Y este es el momento de decir como en los cuentos de *Las mil y una noches*: «La Sultana vió venir la aurora, é interrumpió su cuento, prometiendo la continuacion para la noche siguiente».

Si eres tan curioso como aquel gran Sultan, manda á tu fiel esclava que te continúe el cuento de «La Dama vestida de negro y del protector misterioso». Yo me alegraria saber lo que opinas sobre ellos.

Y con el cuento desapareció mi mal humor: por eso me apresuro á darte un beso antes de que vuelva. Ni te pongas serio ni frunzas las cejas; ya sabes que te quiere mucho, y te lo probará, aunque digas lo contrario, tu

Elena.

Madrid, 1.º Mayo.

Mi querida Elena: Mucho ha llamado mi atencion tu cuento, que lo juzgo escrito para endulzar el disgusto de la ausencia. Sus diálogos dejan muy atrás á los de *Las mil y una noches*, y cualquiera diria que es verdad. Acaba de contarle, y cuando sepa el desenlace, te diré lo que pienso de él.

Es de presumir que discutiendo, como han empezado á hacerlo, la dama y el protector un asunto tan sério, y condensando la vida y las pasiones á tales alturas, se irán poco á poco acostumbrando el uno al otro, concluyendo por amarse mútuamente.

Yo tambien deseo entretenerme y voy á contarte otro cuento, del cual es el principal actor un amigo mio, que por casualidad se halla en Madrid.

He de titularle:

HISTORIA DE UNA MORENA

Y DE UN PASEANTE EN CÓRTE

Cierto jóven que tenia sobrados motivos para estar disgustado, se paseaba un día en busca de distracciones.

(Continuará.)

MALAGA

SEMANARIO ILUSTRADO.



DIE SENNERIN.

Introduction.

POLKA-MAZURKA.

C. FAUST Op. 55.

Andante.
Oboe.

PIANO.

Polka - Mazurka.

Suplemento al núm. 4.

Trio. Finale.

p

fz *ff*

p

ff *fz*

Finale.

Finale.

The musical score is written for piano and consists of five systems of grand staves. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings like *p*, *ff*, and *fz*. There are also first and second endings marked with '1' and '2'. The piece concludes with a double bar line and a repeat sign.

